

# E. MIRET MAGDA LENA

**D**ESDE el 31 de agosto al 2 de septiembre, 40.000 jóvenes de 120 países han estado reunidos en Taizé, cerca del más famoso monasterio de la historia de Francia, el de Cluny. A poca distancia de este monasterio, que fue en su tiempo emporio de cultura, desarrollo religioso y arte, la historia religiosa de Occidente se centra actualmente en este curioso y modesto lugar llamado Taizé, sin riquezas ni manifestaciones lujosas de ninguna clase.

Un grupo de laicos protestantes, seguidores de las doctrinas del reformador Calvino, fundaron hace unos años una comunidad religiosa. Su intención, antes del Concilio Vaticano II, fue fomentar la unión entre los hombres, el ecumenismo. Su labor comenzó a ser visible durante la gran Asamblea Universal de la Iglesia católica, que finalizó en 1965, y a la que fueron invitados estos monjes protestantes.

En poco tiempo ha ido concentrándose en Taizé, de forma dispersa y sin disciplina alguna, la juventud de todos los países de la Tierra. Católicos, protestantes, creyentes que no aceptan el cristianismo, o incluso no creyentes, pasan, a través de todo el año, por aquel lugar de recogimiento y diálogo, donde puede uno encontrarse a sí mismo en el complemento del silencio y de compartir las inquietudes y anhelos con otros jóvenes. En 1968 pasaron por Taizé 15.000 jóvenes; en 1971 llegaron a 42.000; en 1972 subieron a 60.000, y en 1973 fueron 70.000.

Hace cuatro años, en Pascua de 1970, se formó un equipo internacional de jóvenes que tomaron la decisión de preparar un Concilio de la Juventud para 1974. Ocho personas de los más dispares países lo componían, pero el alma ha sido Margarita Moyano, auditora católica en el Vaticano II. "Cuando los cristianos de los primeros tiempos se encontraron ante una cuestión insoluble y vieron que iban a dividirse, decidieron reunirse en Concilio", dice el hermano Robert, superior de Taizé. Igual ocurre ahora en el mundo: hay problemas que parecen insolubles, y el pueblo a quien afectan se encuentra cada vez más disperso espiritualmente. ¿Por qué —se preguntaron esos ocho jóvenes— no reunir a la juventud, que compone el futuro de la Humanidad, y encauzar soluciones los propios interesados en el porvenir?

"Hemos nacido en una Tierra que es inhabitable para la mayoría de los hombres. Una gran parte de la Humanidad es explotada por una minoría que goza de privilegios intolerables. Son muchos los regímenes policiales que protegen a los poderosos. Las sociedades multinacionales imponen sus leyes. Reinan el lucro y el dinero. Los que detentan el poder casi nunca escuchan a los hombres sin voz". Así ve el panorama de hoy el Prior de este monasterio.

De lo que se trata es de tomar conciencia de todo ello, y "vivir contra corriente", "ser

signos de contradicción en la lucha por hacer la Tierra humanamente habitable", apoyándose en el Evangelio, que "impulsa a ser buscadores incansables de común unión en medio de los enfrentamientos que separan a los hombres". "Y además, descubrimos que dos actitudes que parecían antes opuestas, deben estar unidas íntimamente: la lucha y la contemplación". Con estas palabras ven la finalidad de este Concilio los jóvenes impulsores de esta bohemia asamblea, sin normas disciplinares, ni orden del día, ni trabajo organizado minuciosamente. Se ha querido que sea la vida la que brote con espontaneidad y descubra caminos para el futuro, porque los modelos hasta ahora inventados resultan impotentes para resolver nuestros nuevos problemas de civilización a escala mundial.

¿Cómo responde la gente de hoy a este desafío del mundo moderno?

Hay una amplia minoría que pretende la liberación, sin duda, pero "otra parte del pueblo de Dios, en el hemisferio Norte como en el hemisferio Sur, pacta con la desigualdad; hay cristianos que —de una manera individual—, como también muchas instituciones de Iglesia, han capitalizado los bienes, amontonado inmensas riquezas en dinero, tierras, edificios y acciones en los Bancos;

## LA INCOGNITA DE TAIZE

hay países en donde las Iglesias permanecen ligadas a los poderes políticos o financieros; de lo superfluo dan cantidades para el desarrollo, pero no modifican sus propias estructuras" (Carta al Pueblo de Dios). Por eso "las Iglesias son cada vez más abandonadas por los hombres de nuestro tiempo, ya que no se fiar sólo de su palabra".

Esos 40.000 jóvenes preguntan a la Iglesia, que debía haber sido "fuerza liberadora para los hombres y para irradiar a Dios": "Iglesia: ¿qué dices de tu futuro? ¿Vas a renunciar a los medios de poder, a los compromisos con los poderes políticos y financieros? ¿Vas a abandonar los privilegios y renunciar a capitalizar? ¿Vas a llegar a ser semilla de una sociedad sin clases y sin privilegios, sin dominación de un hombre sobre otro, de un pueblo sobre otro pueblo?"

La Iglesia, ante estas preguntas, no tiene más remedio que contestar con los hechos y no solamente con las palabras. Pero para ello tiene que cambiar radicalmente, porque

ante tales cuestiones, ¿dónde se quedan nuestras cicaterías españolas sobre ortodoxia, normas disciplinares, costumbres eclesiológicas de prestigio, discusiones superficiales sobre tradición y renovación? La vida no puede ser ahogada ni por el automatismo de la técnica, ni por la camisa de fuerza que las Iglesias ponen todavía —bajo capa retrógrada o avanzada— a los hombres sencillos y sinceros que sólo pretenden impulsar la vida sin cortapisas y sin frenos, estimulando todo lo que es positivo, constructivo del hombre, natural, espontáneo y vital.

No pensemos, sin embargo, que esta labor de Taizé es la única a realizar, ni que ha de ser de éxito inmediato. "Lo que se pide es sembrar, y seguir sembrando", afirmaba un exiliado chileno. Sí, lo que necesitamos es ánimo y coraje para no decaer nunca, para no ser víctimas del cansancio ni del desánimo, porque hemos de pensar que la vida sólo tiene un aliciente: haber luchado inteligentemente por algo que merece la pena para el hombre completo y para todos los hombres, sin dejarse arrastrar por el oropel de las corrientes atractivas de este tiempo, que aplastan lo humano.

La resignación pasiva ante todo ello no es cristiana, pero el histerismo violento tampoco es eficaz. Se trata de producir conciencia, de influir, de actualizar nuestras energías transformadoras, y así acumular fuerza para el futuro, empezando ya hoy por lo que tenemos más a mano. En todas las situaciones, aun en las menos propicias, se puede hacer esto, como confesaba un detenido político en América Latina: "Estoy en la cárcel —dice—, pero por estos pasillos estrechos y tristes de cemento y hierro, circulan las esperanzas, la juventud y una fe inquebrantable; después de un cierto tiempo nos hemos familiarizado con este subterráneo; hemos perdido el sentimiento del miedo, la necesidad de seguridad y de comodidad; creemos en el error, la incertidumbre y el riesgo, pero nuestro corazón continúa latiendo a pesar de todo".

La lucidez de otro latinoamericano le hacía decir: "¿La felicidad será verdaderamente vivir una civilización técnica en una sociedad de opulencia basada en el consumo, la posesión, la búsqueda desenfundada de la comodidad y del individualismo?". Es necesario un desarrollo humano para liberarse, para vivir, no para ser esclavo suyo y hacer esclavo al Tercer Mundo. "¿Qué atrayente es el sol de la civilización! Es atrayente, pero quema. Provoca sed y no da qué beber. Grita libertad y trae esclavitud", exclamaba un negro africano.

La incógnita de Taizé, para esta transformación humana y material, está en lo que afirmaba un joven marxista: "Las nueve décimas partes de lo que se dice en Taizé son palabras huecas, pero allí pasa algo, y por eso vuelvo cada vez a tomar fuerza". ■